

EN LA PRISIÓN

por María P.

Y ahora que han contado ustedes sus historias, permítanme que les cuente yo la mía.

¿Conocen el significado de la palabra “Unkaea-EI”? Probablemente, no. A menos que hablen haitiano, les sonará a chino, que era como me sonaba a mí la primera vez que la escuché. Yo era celador de la prisión de un pequeño pueblo de Haití (no vienen ahora al caso los motivos por los que acepté aquel puesto), y una noche, cuando cubría el turno de un compañero, un muchacho entró con el rostro desencajado y gritando esa palabra: “¡Unkaea-EI! ¡Unkaea-EI!...” El tipo de trabajo que hago, pueden suponerlo, lo prepara a uno para toda clase de encuentros, pero aquél me impresionó (o acaso debería decir que me asustó) de una forma extraordinaria. Nunca había visto reflejado de esa manera el horror en el rostro de alguien. Se trataba de un chico negro de unos veinte años, muy delgado y con unos grandes ojos marrones. Estaba empapado de sudor y le temblaba el cuerpo entero.

Me levanté y me encogí de hombros; “Sólo hablo inglés”, me excusé. Él, entonces, asintió, tragó saliva y cambió a mi idioma.

-Tú ayudar, por favor, Él viene. Criatura, pantano –dijo, señalando la puerta- Encerrar mí, encerrar en celda segura. Celda mucho segura por mí, por favor...

La petición me desconcertó por completo; era la primera vez que alguien me pedía algo así. Y pensé lo que habría pensado cualquiera: que el muchacho había bebido demasiado o que había tomado algo. O, por qué no, que estaba loco.

-Oye, chico, no te metas en líos... ¿Por qué en vez de pedirme que te encierre no sales ahí afuera y das un paseo? –le sugerí-. Hace una noche muy buena y...

Pero no me dio tiempo a terminar la fraseo: el muchacho me había agarrado de la camisa y se había acercado tanto a mí por encima del mostrador que podía sentir su aliento en mi cara.

-Tú no entender, tú encerrar mí. Si tú no encerrar, yo matar...

Parecía estar hablando en serio: sus manos habían pasado de la camisa a mi cuello y me lo apretaban con tanta fuerza que yo apenas podía respirar. Suerte que en aquel momento apareció Henri, el guardia de seguridad, quien al ver lo que ocurría se abalanzó sobre el chico y lo inmovilizó en el suelo.

-¡Eh, fiera, quieto! Si tu novia te está poniendo los cuernos con nuestro celador, hay otras formas de arreglarlo.

El sentido del humor de Henri era un tanto peculiar.

-Quiere que lo encerremos –expliqué, sin mucha convicción.

El guardia se quedó con la boca abierta y luego se rió y meneó la cabeza.

-En este país estamos todos majaras, te lo digo yo... ¿Con que quieres que te encerremos, eh?

–le dijo al chico, retorciéndole el brazo. A veces, Henri me asustaba-. Bueno, pues vamos a darle el gusto, hombre, ¿no te parece? ¡Levanta!

Los dos metros y los 180 kilos de Henri agarraron al muchacho de la camisa y lo alzaron en el aire como si fuera un pelele.

-Mételo en la seis y ya veremos mañana qué hacemos con él –le dije, colocándome la casmisa.

-De acuerdo –respondió el guardia, y le dio un empujón al chico-. ¡Andando!

El guardia de seguridad y el nuevo preso se alejaron por el corredor; éste, ahora que había logrado lo que quería, parecía estar un poco más tranquilo. Yo me senté y me puse un trago de ron; el chico me había asustado de verdad. Bebí y eché mano del periódico del día anterior. El pueblo estaba a sólo un paso de echar a Duvalier. El país había pasado del puesto 151 al 150 en la lista del Índice del Desarrollo Humano de la ONU. La selección no había conseguido clasificarse para el mundial de fútbol de México; lejos quedaba la hazaña del 74. Pero yo no era capaz de concentrarme. Dejé el periódico y me serví otro trago. Podía recordar la palabra... ¿Cómo era? Sí: Unkaea-El. Unkaea-El.

Me levanté y fui a la biblioteca de la prisión, si es que se le podía llamar así al cuartucho de diez metros cuadrados donde, además de algunos libros, amontonábamos periódicos y productos de limpieza. El chico había mencionado algo sobre una criatura y un pantano, pero me dije que no era probable que se refiriese a un animal. En uno de los estantes encontré un libro en inglés que hablaba de tenebrosos ritos haitianos. La luz era muy floja, así que tuve que acercármelo casi hasta la nariz para poder leerlo. En sus páginas, entre otros espantos, se describían ceremonias sacrificiales que se perdían en la noche de los tiempos y el modo correcto de declamar diferentes conjuros. Uno de ellos servía para invocar a una oscura criatura de los pantanos que cumplía venganzas mortales, “pero –advertía el autor- no es infrecuente que este ser demande también la sangre de aquél que ha osado perturbarlo.” Se lo describía como ciego y de consistencia blanda. Su nombre, Unkaea-El, significaba, más o menos, “El que se arrastra.”

Cuando regresé, la sala estaba extrañamente tranquila. Algunas luciérnagas se habían colado por la ventana y jugaban alrededor del pequeño flexo de mi mesa. Debajo, había una nota de Henri en la que me decía que iba un momento al pueblo a comprar cervezas. Me acerqué con el libro en la mano a la celda donde estaba el muchacho, abrí la rejilla y lo llamé.

-¿Qué querer?

-¿Cómo estás?

Su respuesta se hizo esperar.

-Celda no segura –dijo, al fin.

Le pregunté que por qué. El chico, entonces, se acercó de pronto a la puerta y llenó el hueco de la rejilla con sus ojos blancos y marrones.

-¡Por esto! –exclamó-. ¡Y por grande ventana! Celda no segura. Él entrar todas partes, nada detener, yo morir. Cambiar celda, cambiar...

Se alejó hacia el fondo de la celda y empezó a sollozar. Por un momento, pensé en concederle lo que me pedía. Total, ¿qué me costaba? A dos metros, vacía, estaba la celda siete, sin ventana y sin rejilla. Abrir una puerta, abrir otra puerta, pasa muchacho, cerrar las puertas: eso habría sido todo. Pero no lo hice.

-Tranquilo, no va a ocurrirte nada –le aseguré-. Yo estaré vigilando toda la noche.

El chico suspiró, resignado, y se acercó de nuevo a la puerta. Cómo antes, sus ojos enormes llenaron la abertura. Pensé que iba a insistir sobre el cambio de celda, pero me equivoqué.

-Cuando Él venir, no mirar. No mirar, porque Él llevar ti también... -me advirtió.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo de la cabeza a los pies al oír aquel aviso tenebroso. Sin poder hacer otra cosa que asentir con la cabeza en señal de agradecimiento, volví a mi mesa. Alrededor del flexo, las luciérnagas seguían danzando. Me sentía confuso. Dejé el libro, me senté y me puse un poco de ron. Lo apuré de un trago y me serví un poco más. La ventana que tenía frente a mí me mostraba, a la derecha, el camino que conducía al pueblo y que se perdía entre los árboles del bosque. A la izquierda, bajo la esfera resplandeciente de la Luna, se encontraba el pantano. Hasta mí llegaban el zumbido constante de sus insectos y el croar de sus ranas como puños, en la noche cálida de agosto. Poco a poco, mecido por esta música y por el vuelo incesante e hipnótico de las luciérnagas, me quedé dormido.

Me desperté en medio de un silencio absoluto y empapado de sudor. Las criaturas del pantano habían dejado de cantar y las luciérnagas se habían ido. La puerta de la prisión estaba abierta. ¿Había regresado ya Henri con sus cervezas? Me levanté, me acerqué a la ventana y me asomé. No había ni rastro de su coche; sólo el camino, los primeros árboles del bosque y las silenciosas aguas del pantano. ¿Cómo se había abierto la puerta? Fui a cerrarla, pero entonces escuché un ruido detrás de mí. Mis dedos se clavaron como garras en el marco de la ventana y mis ojos se aferraron al paisaje nocturno que tenían delante. Empecé a temblar. El primer ruido, que era una especie de succión, dio paso a otro ruido: algo se arrastraba y, con una especie de jadeo, parecía arrastrar algo consigo, cada vez más cerca de mí. Quise concentrarme en algún detalle del bosque, en las ramas retorcidas de sus árboles, en los perfiles apenas dibujados de las hojas, pero no pude, y por una fracción de segundo, mis ojos

se desviaron hacia el suelo y descubrieron, en el instante horrible en el que algo blando se apretaba contra mi pierna, los zapatos ensangrentados del chico. Creo que mis dedos, mis uñas, también sangraron al penetrar aún más en la madera seca del marco. Y así se quedaron hasta mucho después de que el jadeo desapareciese detrás de la puerta, se arrastrase doscientos metros y se sumergiese, con el pellejo de su víctima, en los negros lodos del pantano. Fue entonces cuando me pregunté –y con esta reflexión banal concluyo mi historia– por el papel jugado en una historia anterior por aquel muchacho negro, tal vez objeto, o acaso creador, de una oscura trama de venganzas.